

# EL ESPAÑOL Y LOS 7 PECADOS CAPITALES

IRA

GULA

LUJURIA

SOBERBIA

AVARICIA

PEREZA

ENVIDIA

Fernando  
Díaz-Plaja

Obra escrita con un humor y una agudeza sobre los que no pasa el tiempo, *EL ESPAÑOL Y LOS SIETE PECADOS CAPITALES* es una radiografía incomparable de los usos y costumbres de los españoles. «He querido yo enterarme, dice FERNANDO DÍAZ-PLAJA en su prólogo al libro, de lo que es esa difícil, asombrosa, inigualable selva española saliendo y viendo fuera otros árboles que hicieran posible la comparación. Para que este libro naciera se ha necesitado distancia física, no moral. El que describa los defectos españoles, no me libra de ellos. Si uno de los caminos para encontrar los ejemplos de este libro ha sido desojarme hacia fuera, otro, igualmente eficaz, ha consistido en buscar en mi interior. Quien firma no es, pues, un juez: más bien resulta un testigo y, a veces, un cómplice».

# Índice de contenido

Prólogo

Soberbia

    Nobleza

    Religión

    Individualismo

    Lo intelectual

    La honra

    Amor

    Patriotismo

Avaricia

Lujuria

Ira

Gula

    Comer

    Beber

Envidia

Pereza

Resumen y esperanza

Sobre el autor

Notas

A Guillermo, hermano y maestro.

## Prólogo

La metáfora, no por repetida es menos cierta. Los árboles no dejan ver el bosque. La perspectiva se pierde cuando el detalle abrumba. Para comprobar la forma y extensión del conjunto hay que salirse de él, y abarcarlo en su totalidad, preferentemente desde una loma.

Así he querido yo enterarme de lo que es esa difícil, asombrosa, inigualable selva española. Saliendo y viendo fuera otros árboles que hicieran posible la comparación o, dentro de la misma España, explicando a los extranjeros lo que les admiraba y que a mí me chocaba también después de haber intentado aclararlo. Es curioso lo poco lógicas que resultan las costumbres familiares cuando uno intenta razonarlas.

Para que este libro naciera se ha necesitado, pues, distancia, pero distancia física, no moral. El que describa los defectos españoles no me libra de ellos. Parodiando la clásica frase: «Nada de lo que es español me resulta ajeno», y si uno de los caminos para encontrar los ejemplos ha sido deshojarme hacia fuera, otro, igualmente eficaz, ha consistido en bucear en mi interior. Quien firma no es, pues, un juez: más bien resulta un testigo y, a veces, un cómplice.

Algunas de las características descritas en las páginas que siguen son comunes a los pueblos llamados latinos; otras a todos los europeos; algunas son, simplemente, humanas. No he tratado de disociar las que nos pertenecían

por herencia de las que nos han llegado por imitación; no trato de analizar el proceso histórico, sino su resultado.

Resultado que es, sin lugar a dudas, único. La impresionante personalidad española —de la cual se comentan aquí apenas unos matices— asombra a los visitantes y a los pocos españoles que han meditado sobre ello. En todos causa impacto. Durante mis viajes he oído muchos juicios sobre nuestro país y yo justificaba, interiormente, tanto el agrio como el entusiasta. Lo que no podía aceptar era el comentario indiferente. «Odio lo español», «Adoro lo español», son frases contradictorias, pero ambas tienen motivos de ser. El oír: «España no está mal», me desconcertaba porque España es como un licor fuerte que puede deleitar o repugnar, pero jamás beberse con la indiferencia con que se trasiega un vaso de agua.

Hace muchos años, en 1951, y estando de paso en Londres, charlé con un antiguo conocido, F. J. Mayans, que estaba entonces al frente de la Delegación de Turismo Española en Inglaterra. «¿Por qué no presentáis el viaje a España como algo único? —le pregunté—. ¿Por qué entre los carteles que aconsejan ir a Francia la Bella, a Italia la Artista, no colocáis unos que digan: Sí, pero España ¡es diferente!?».

Años después me ha alegrado ver el lema, reducido de palabras, pero con idéntica intención, en todas partes. Sigue siendo cierto. La progresiva unificación del mundo, desde la comida al espectáculo, desde el traje a la moral, no ha podido destruir el baluarte de una España distinta.

Pero ¡cuidado con el adjetivo! Ser diferente no quiere decir —como a veces parece interpretarse— ser mejor. Durante años no hemos hecho otra cosa que alabarnos en el libro, en el periódico, en el cine, en la televisión, en el teatro. Quizá convenga que después de tantos elogios a nuestras virtudes meditemos un poco sobre nuestros pecados...

... especialmente sobre los capitales...

\*

Los siete pecados capitales son los más graves en que pueda incurrir un católico. Me ha parecido que, dada la importancia extrema que esa religión tiene en España, podría ser interesante utilizarlos como piedra de toque, y estudiar la especial reacción de mis compatriotas en cada caso. Porque si es verdad que católico quiere decir universal, se engañaría quien creyera que el católico de Burgos o Valencia piensa igual que el de Boston o el holandés ante prohibiciones o mandatos.

Por ejemplo, para la mayoría de los españoles, ya resulta una gran sorpresa que alguien les hable de los Siete Pecados Capitales, porque el español se limita a pensar en uno, el de la Lujuria. La fuerza de su temperamento ha provocado un énfasis mayor en la vigilancia de la Iglesia y esto, a su vez, ha hecho pensar a muchos que se trata del único pecado realmente importante. Poca gente deja de confesarse de él; muchos, en cambio, olvidan decirle al cura que han comido excesivamente (Gula) o que se quedan en la cama después de haber dormido lo necesario (Pereza).

(El autor no distingue jerarquías entre los Pecados Capitales; cuando les concede desigual espacio, es porque así lo hacen los españoles).

Estas páginas siguen los cauces de los «Pecados», pero de forma muy amplia, pensando más en la costumbre diaria que en la Teología moral. Aparte del gran Pecado Mortal, se analizan lo que podríamos llamar subpecados, que actúan a su sombra. Por ejemplo, con la Soberbia se estudia la vanidad, la presunción, el individualismo... Con la Ira, la crueldad, la dureza de costumbres... Con la Envidia, el resquemor, los celos artísticos, etc.

\*

El lector encontrará, espolvoreados en el texto, varios refranes españoles. El refranero de un pueblo no es, como se ha dicho alguna vez, muestra de su sabiduría; más bien lo es de sus instintos, a menudo bastante bajos. De todas maneras, tienen importancia, porque un refrán lo es a fuerza de repeticiones; sólo cuando hay muchos de acuerdo con la idea expresada por un individuo llega ésta a adquirir la categoría de proverbio, y aun cuando aparezca otro refrán que diga lo contrario, el primero queda como muestra de un sentir y como tal tenemos que tomarlo en cuenta..., aunque se trate de un mal sentir...

*De Santa Bárbara en California, Primavera de 1966.*

## Soberbia

«La soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera [...] Topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióle tan de su genio que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todas sus aliadas: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del Don Diego y “vengo de los godos”, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío con todo género de presunción y todo esto desde el más noble hasta el más plebeyo».

Baltasar Gracián. *El criticón*, Crisi XIII (s. XVII).

«Si alguna vez os vienen ganas de salir de la Europa moral sin pasar empero las fronteras de la Europa geográfica, venid a España. ¡Oh, Dios mío! Dicen que los reyes se van, pero eso no es verdad; aquí tenemos a vuestras órdenes y a las de todos en general quince millones de reyes».

Donoso Cortés. «*Carta a Luis Veuillot*». 22-111-1849. *Obras completas*, 2-633 (s. XIX).

«Humildad rebuscada no es humilde y lo más verdaderamente humilde en quien se crea superior a otros es confesarlo; si por ello le motejan de Soberbia, sobrellevarlo tranquilamente [...], la más fina, la más sencilla humildad es no

cuidarse en ser tenido por nada, ni por humilde ni por soberbio, y seguir cada uno su camino, dejando que ladren los perros que al paso nos salgan y mostrándose tal cual es, sin recelo ni habladurías».

Unamuno. «*Sobre la Soberbia*». *Obras selectas*, Madrid, 1960, p. 238 (s. XX).

## Nobleza

Quizá sea la Soberbia la clave de la actitud española ante la sociedad. Esa Soberbia que permite al humilde hablar de que «no le da la real gana»...

Es muy posible que esa Soberbia sea, como piensa Américo Castro, herencia de una característica judía o árabe, que para el caso de un «pueblo elegido» es lo mismo. El tremendo orgullo del pueblo español, que tanto impresionó al forastero («aquí todos se creen hidalgos»), se fija en la curiosa jerarquía de valores que la España del XVI proyectó y ha llegado fácilmente hasta nuestros días.

«Con la introducción de esta no muy antigua ocupación se ha comenzado a usar que si un criado compra un real de fruta ha de dar medio al esportillero que se la lleva, vanidad y gasto sólo admitido en la corte de España». Fernández de Navarrete, *Conversación de monarquías*, edición 1926, discurso XXVI.

Una marcadísima escala social provee a cada uno de los españoles con un inferior, al que hacer sentir la propia autoridad y ante el que sentirse jefe. Del mayordomo al mozo de limpieza, del cocinero al pinche, del general al soldado, hay siempre alguien a quien ordenar con la misma voz de ronco mando que ha oído antes en sus propios oídos, alguien en quien satisfacer esa ansia de poder que todos llevamos dentro. El más modesto empleado ve literalmente a sus pies al limpiabotas, y esos muchachos que se arrodillan a dar lustre al zapato tienen siempre la benevolente simpatía del cliente; ahí es nada mirar a alguien de arriba abajo, verle entretejer su operación con sonrisas amables ante el chiste de uno y agradecer desde esa profundidad la propi-

na dada con largueza; largueza fácilmente soportable para la economía de tan amplio margen como la española en que todavía se habla de céntimos y de miles de pesetas en el mismo tono de voz.

¿Y cuándo se llega al final de la escala? Queda el mendigo, a quien el soldado, incluso con su minúscula paga, puede regalar el tabaco que a él le cuesta menos o el pedazo de pan que le dan gratis. Este mendigo, que si ha desaparecido de muchas calles españolas ha sido por iniciativa de la autoridad, celosa de mantener una imagen perfecta de la ciudad con vistas al extranjero, no porque el español como tal se impusiera la obligación de acabar con la mendicidad. Y aun hoy, cuando un guardia arresta a un pobre en un café, el murmullo de la gente manifiesta la simpatía del público hacia el arrestado y en contra del agente de la autoridad. Es en vano que ésta pruebe eficazmente que el detenido es un pícaro sin ganas de trabajar. En primer lugar, esta acusación no tiene valor en España. En segundo, la existencia del mendigo, alguien a quien dar, es esencial para la seguridad interna del español.

No regateo con ello el carácter compasivo de nuestro pueblo. Pero en esto como en otras muchas cosas, el español reacciona ante lo visible e inmediato mientras parece ignorar lo que conoce, pero no es palpable. Por ejemplo, en la católica España ha habido, en los últimos años, casos de miseria espantosa en los conventos de monjas, revelados a veces en la prensa, pero olvidados con la misma facilidad por quienes podían ayudarlas mensualmente. Porque a las monjas de clausura no se las ve ni se las oye por la calle, y el español tiene a menudo reacciones de *Polaroid*, impresionándose en un minuto y olvidándose luego de lo que ve. A ningún rico español, por ejemplo, se le ocurre mandar ropa o dinero al desgraciado de Corea o de la India. Para el español, todo es instantáneo y hay pocos países en que se piense menos en el futuro. «Lo que sea, sonará».

«Dentro de cien años, todos calvos». El «Qué largo me lo fiáis», de Don Juan, en suma.

*Lo que al pobre das, Dios con creces te lo  
pagará.*

Al llegar al mendigo parece que hemos dado en el fondo. ¿Ante quién puede ése manifestar su primacía? En primer lugar, ante el mismo de quien recibe la limosna. Es una curiosa prerrogativa nacida entre los árabes, para los cuales todavía el mendigo es aceptado y reconocido en las callejuelas de Tánger o Casablanca como un elemento religioso. Al aceptar la limosna, el pobre hace a su vez un favor: pone al donante en el camino de la salvación, del cielo. Para el creyente se trata de un convenio, con ventajas materiales ampliamente compensadas por las morales, lo que explica para muchos forasteros la asombrosa dignidad con que se extiende la mano y la untuosa respuesta que, al eludir el compromiso, procura no ofender y, más que negar, aplaza: «Otro día será, hermano».

Así estaba seguro de alcanzar su diaria manutención el mendigo protagonista de José de Espronceda; lo que le daban se lo debían, y, por tanto, no necesitaba agradecerlo.

*De villanos y señores  
yo recibo los favores  
sin estima y sin amor.  
Ni pregunto  
quienes sean,  
ni me obligo a agradecer...  
... dar limosna es un deber.  
... Dios a veces  
es mendigo,*

y al avaro  
da castigo,  
que le niegue  
caridad.

(Espronceda, *El Mendigo*).

Comenta Julio Camba: «Fuera de aquí no hay realmente mendicidad. Para mendigar es preciso tocar el violín, la ocarina o el acordeón, cantar romanzas, bailar o hacer juegos malabares. Sólo España ha independizado la mendicidad de las otras artes y sólo el mendigo español llega al corazón del público sin el conducto de musas extrañas». (*Sobre casi todo. Sobre la mendicidad*).

Pero es que, además, ese mendigo, en compañía del escalón anterior, el de millones de españoles que han vivido y viven en pésimas condiciones, los que saben del frío en casas mal acondicionadas, los que consideran normal tener sabañones en invierno y sudar torrencialmente en verano, los que aun llenando el estómago lo hacen con manjares que producen un desequilibrio fisiológico; todos éstos han vivido durante siglos de la ilusión de poseer una propiedad inalienable e indestructible...

... Es el de la raza concepto que en los siglos pasados estaba, como se sabe, unido a un valor religioso. Sí, por debajo de los más humildes de los españoles, de los más pobres, de los más mugrientos, había todavía alguien: Los moros, los judíos. «Tengo cuatro dedos de envidia de cristiano viejo», grita el usualmente humilde Sancho, y «no se dejaría empreñar por el mismo Rey que fuera», y Pedro Crespo recordará a su hijo:

*Por la gracia de Dios, Juan,*

*eres de linaje limpio  
más que el Sol, pero villano.*

Lo primero se lo recuerda para que pueda aspirar a todo. Creo honradamente que de aquí arranca la presunción del más humilde de los españoles, que los siglos han transformado en la hoja sin cambiarle la raíz. Cuando nuevas filosofías quitaron a la raza su importancia, el español trasladó a un patriotismo sin reservas el mismo concepto. Porque la personalidad española se había forjado ya en los siglos cruciales del XVI y XVII y el hecho de que el enemigo desaparezca del mapa con las expulsiones ordenadas por los reyes no cambia el concepto de pueblo elegido por Dios.

«El español ha conservado a veces maneras íntimas y exteriores propias del tiempo en que se sentía miembro de una casta imperial, consciente de su innato mérito y de la virtud operante de su mera presencia.» (A. Castro. *La realidad histórica de España*, Méjico 1959, pág. 593).

*«Muchos se ufanan, pero pocos se afanan».  
«Humos de hidalguía, cabeza vana y la bolsa  
vacía».*

«Uno de los defectos de la nación española, según el sentir de los demás europeos, es el orgullo. Si esto es así, es muy extraña la proporción con que este vicio se nota entre los españoles, pues crece según disminuye el carácter del sujeto [...], el rey lava los pies a doce pobres en ciertos días del año [...] con tanta humildad [...] que yo [...] me llené de ternura y prorrumpí en lágrimas. Los magnates y nobles de primera jerarquía, aunque de cuando en cuando hablan de sus abuelos, se familiarizan: hasta con sus ínfimos criados. Los nobles menos elevados hablan con más frecuencia de sus conexiones, entronques, enlaces. Los caba-